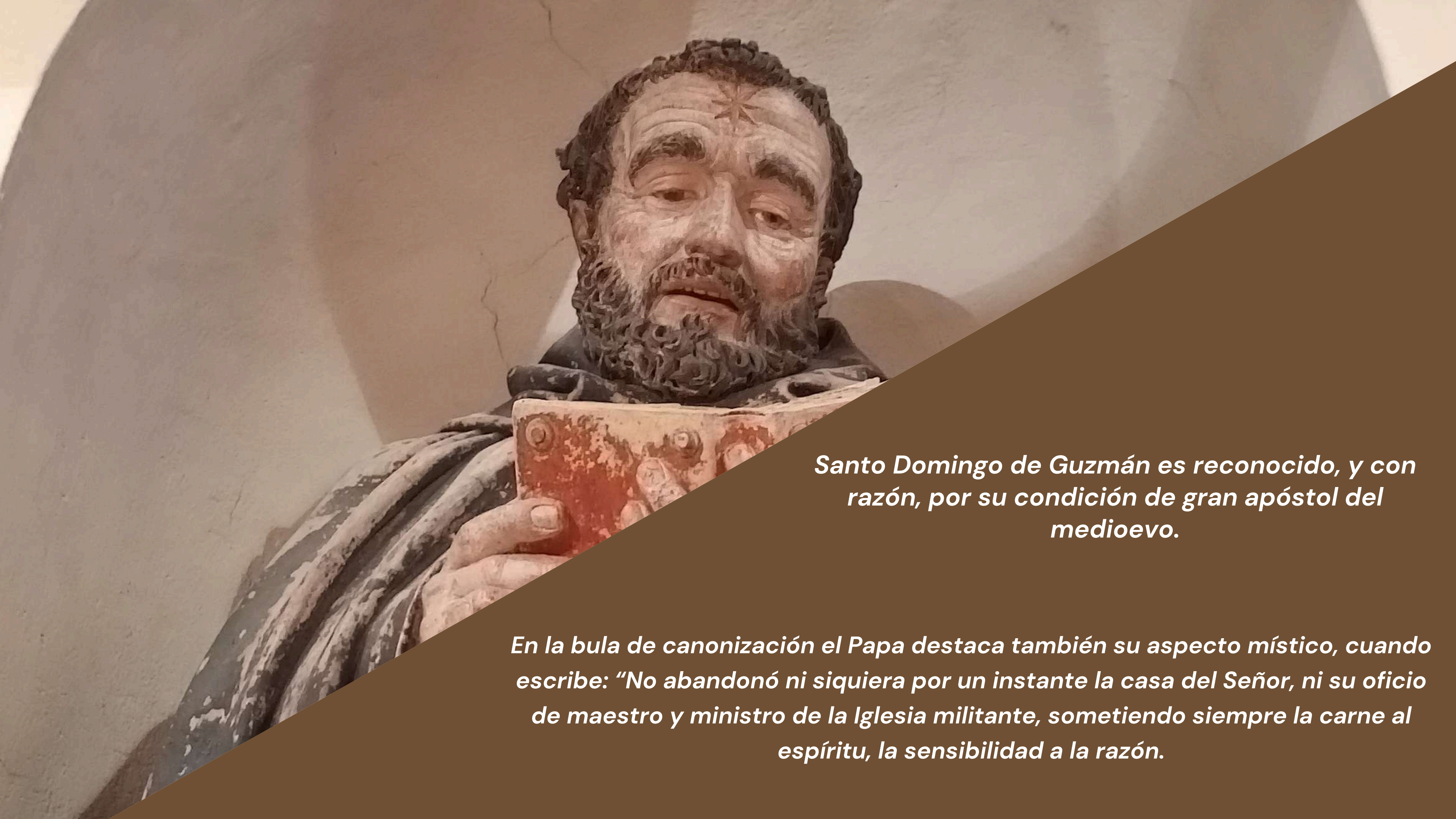


FR. IVÁN FERNANDO MEJÍA O.P.



SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, PREDICADOR Y MÍSTICO



Santo Domingo de Guzmán es reconocido, y con razón, por su condición de gran apóstol del medioevo.

En la bula de canonización el Papa destaca también su aspecto místico, cuando escribe: “No abandonó ni siquiera por un instante la casa del Señor, ni su oficio de maestro y ministro de la Iglesia militante, sometiendo siempre la carne al espíritu, la sensibilidad a la razón.

“Como los monjes del desierto, nuestro santo apenas dormía y pasaba la mayor parte en oración”.

“Consagraba el día a su prójimo y la noche al Señor; convencido como estaba de que el Señor ha enviado durante el día su misericordia y de noche su cántico”.

“Su alimento era frugal, y la mayoría del año ayunaba severamente más de lo que después exigirá a los frailes en las constituciones”.

“Cuando iba de camino, era frecuente que siguiese orando por medio de cantos que dirigía a Cristo y a la virgen María”.





Como se ve Domingo vivió unido siempre a Dios, unión que constituye la esencia de la vida mística.

Como santo canonizado, se puede afirmar sin ambages que brilló en todo género de virtudes, pero en algunas de modo especial.

Fueron particularmente estas: la pobreza radical, solamente comparable con la de San Francisco, la moderación y la templanza, la humildad, la virginidad, la prudencia y la paciencia entre otras.

Desde que se dedicó a la Santa predicación hizo siempre sus viajes a pie. Y como, el Señor mandó a sus discípulos, cruzó varias veces los principales caminos de Europa a pie jornada de 30 a 40 km.



Su moderación en la comida y bebida era muy grande: evitaba lo exquisito y se contentaba de buena gana con una comida sencilla. Tenía firme dominio de su cuerpo.

En orden de la pureza, tan necesaria para llegar a la contemplación y unión con Dios, y llevar a cabo una auténtica labor evangelizadora, escribió el beato Jordán: “Conservó intacta hasta el final de su vida la gloria de la virginidad, reservándola para el Señor”.

Y era sentir común entre los frailes, que le trataron más íntimamente, que conservó de por vida la inocencia bautismal.

Con suma atención procuraba asimilar el libro titulado “Colaciones de los Padres”, buscando en él todo vestigio de santidad.



Domingo, discípulo de Cristo, siempre lo tuvo en las manos, y con la ayuda de la gracia, tuvo un corazón inmensamente puro, conoció los secretos de la contemplación y alcanzó la perfección de la vida espiritual.

Recientemente, el P, Bedouelle subraya su vida de retiro, propio de los eremitas del desierto, desde el tiempo que fue canónigo en el cabildo de Osma: “No sale prácticamente del claustro, pero es precisamente a fin de abrir el santuario de su compasión a la oración por todos los hombres.

Hombre paciente, a lo largo de su vida, no se le escapó una palabra de irritación ante la adversidad.

Muy al contrario, cuando algo le acontecía torcidamente, se alegraba de ella y nada ensombrecía la alegría de su semblante, como no fuera para ayudar la desgracia de los pecadores y de los pobres.



Igualmente vivió con gran perfección esa virtud básica, fundamental, de la humildad. También se mostró del todo desprendido de todo asomo de dominio.

Ya en el primer capítulo general de la orden, celebrado en Bolonia 1220, cuando todo marchaba para bien para su fundación, renuncia a su cargo.

Él tenía fe en la providencia divina, que es quien, a la postre, en todo tiene la última palabra y decisión”.

A estas importantes virtudes había que añadir su prudencia y perseverancia cuando tenía que tomar decisiones importantes y firmes.

El prudente y perseverante primero reflexiona con detención el bien que pretende alcanzar, después pide a Dios que le ilumine para ver lo que más conviene para su gloria, y por último decide sin titubeos y sin vuelta atrás, lo que es importante para la gloria de Dios.

Sin su temple y su constancia probablemente la orden de predicadores no hubiera sido lo que ha sido y sigue siendo, de 800 años justo de existencia.

Quienes le conocen siquiera someramente sabe cuán grande fue el amor que tenía a Dios y al prójimo.

Su oración era constante, su caridad sin reservas, su compasión sin límites, y su humildad le llevaba a someterse a sus mismos súbditos.



Solía implorar de la divina misericordia que se dignara infundir en su corazón el amor más grande posible a ejemplo de Aquel que se entregó totalmente para alcanzar la salvación.

El Señor le había concedido la gracia especial de llorar por los pecadores, por los necesitados pasaba las noches en oración.

Muestra palmaria del ardiente amor con que ardía su corazón fue su deseo de martirio en su forma más aflictiva, y repetidas veces manifestado.

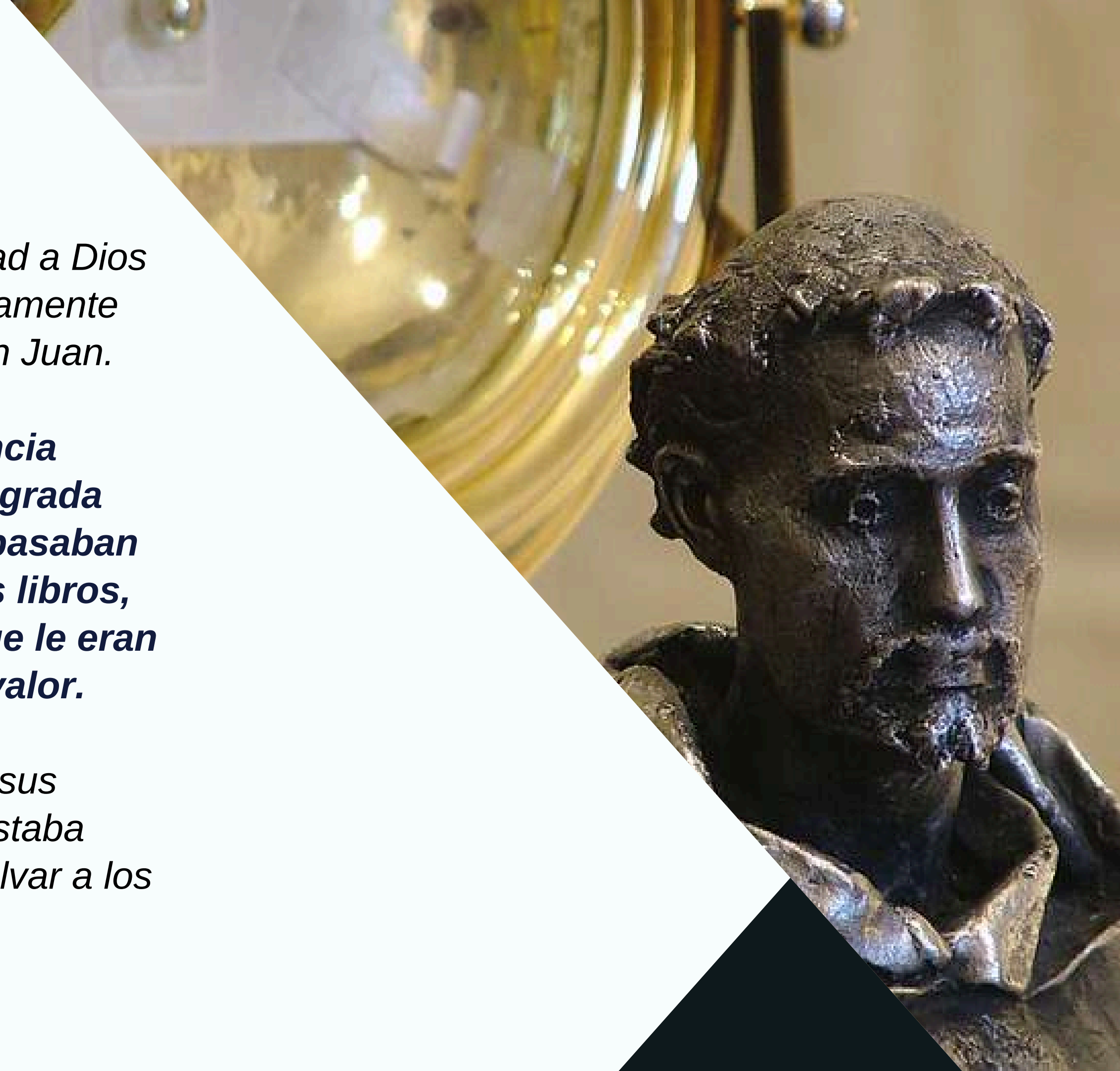
Y sólo quien ama hasta el extremo, es capaz de arrostrar la muerte, por muy dura que se presente, para mostrar el amor a la persona de tal modo amada.



Todo cristiano sabe que el amor de caridad a Dios tiene que proyectarse también necesariamente sobre el prójimo, según nos enseña San Juan.

Por eso, estando todavía en Palencia probablemente como profesor de sagrada Escritura, conociendo el hambre que pasaban los pobres en toda España, vendió los libros, glosados por su propio puño y letra, que le eran muy necesarios y de muy elevado valor.

Pero el santo no sólo entregó todas sus pertenencias a los pobres sino, que estaba dispuesto a entregarse así mismo para salvar a los demás de sus desgracias.

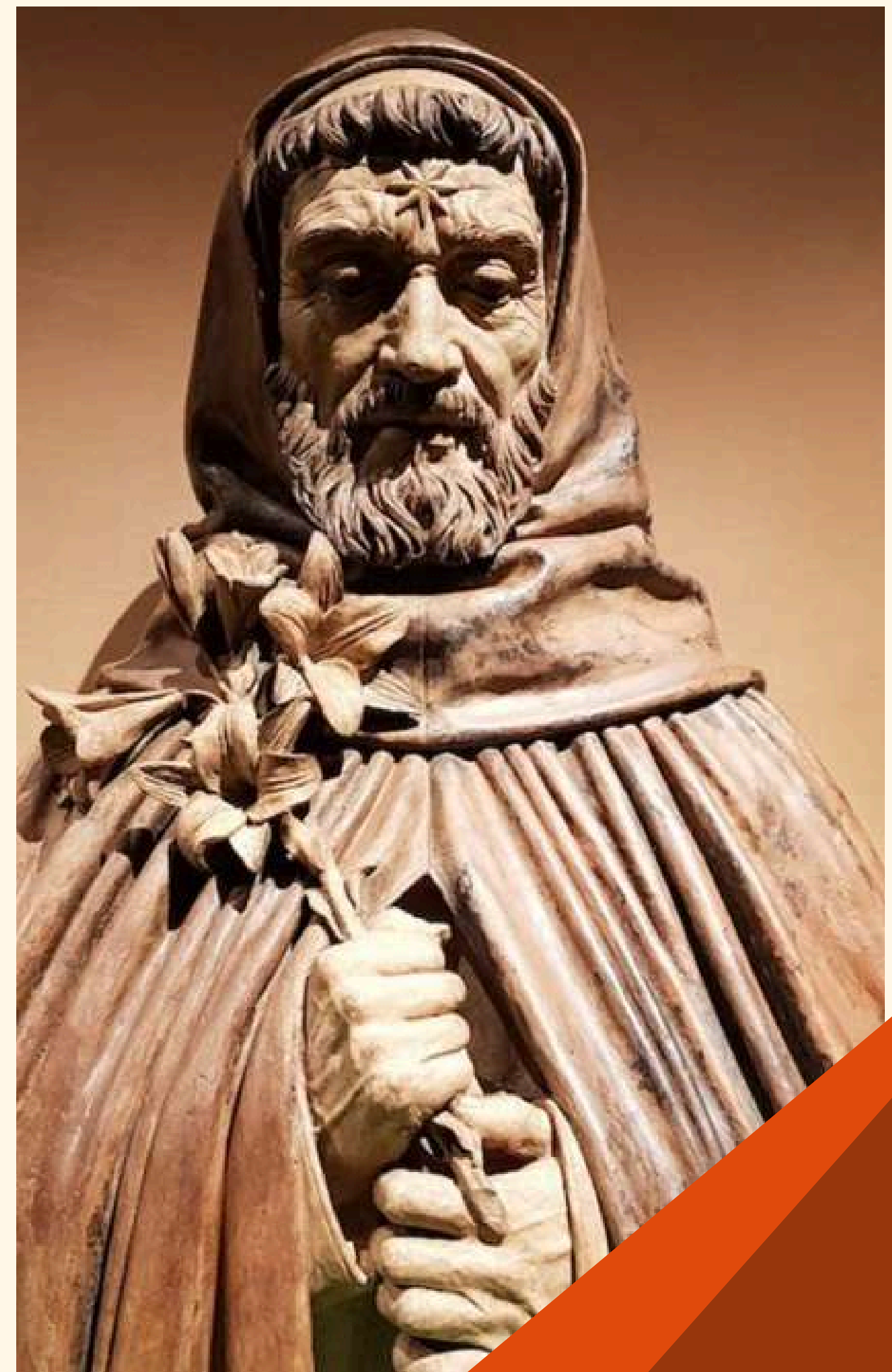


Pero si Domingo se compadecía de los cautivos y hambrientos de pan, se compadecía todavía más de los pecadores, hasta el punto de mortificarse diariamente con una disciplina por la salud de las almas.

Y otras veces oraba a gritos a Dios, diciendo: "Señor ten misericordia de tu pueblo. ¿Qué será de los pecadores?"

Y así pasaba las noches insomne, llorando y gimiendo por los pecados de los demás.

El amor ardentísimo a Dios y al prójimo fue la fuerza que le impulsó a entregarse sin desmayo y sin tregua a la predicación evangélica, dirigida a todas las personas de todas las condiciones; y a exhortar con itinerancia a los frailes que hiciesen lo mismo.





Predicar personalmente a los paganos cumanos y a los sarracenos fue un propósito que abrigó en su corazón a lo largo de su vida.

Para estar en contacto constante con esa palabra revelada, en sus viajes a pie, llevaba consigo el Evangelio de San Mateo y las cartas de San Pablo.

En cuanto a la firmeza de la fe, se nos manifiesta en los muchos milagros que realizó en el nombre de Cristo.

Exponente de su esperanza teologal son las últimas palabras a los frailes, que junto a su lecho de muerte, lloraban su inminente partida de este mundo.



Domingo, seguro de que Dios le daría el premio a sus trabajos y vida virtuosa, los consoló, diciéndoles: “Os seré más útil y provechoso después de muerto de lo que haya sido en vida”.

Santo Domingo, según dejamos dicho, practicó en grado heroico todas las virtudes cristianas, particularmente, la caridad. Por eso poseyó en altísimo grado de perfección los dones del Espíritu Santo.

Y como efecto de ellos se identificó plenamente con Cristo mediante un altísimo grado de contemplación, en que consiste la vida mística.

Si reflexionamos sobre su santísima vida, podremos darnos cuenta que poseyó muy particularmente el don de sabiduría, que perfecciona la caridad, nos da un conocimiento altísimo.



Si reflexionamos sobre su santísima vida, podremos darnos cuenta que poseyó muy particularmente el don de sabiduría, que perfecciona la caridad, nos da un conocimiento altísimo de Dios y de las cosas en relación con Él, y hace saborear de tal manera las finezas de su amor de Padre.

En consecuencia, hay que reconocer que Santo Domingo de Guzmán constituye uno de los grandes místicos de la historia de la espiritualidad cristiana.

FR. IVÁN FERNANDO MEJÍA O.P.



MUCHAS GRACIAS

Vicente Cudeiro González, O.P. Mística dominicana. vivencia , doctrina e influencia, Salamanca: Sen Estebán-Edibesa, pp. 25-50